

# El caudillo ha muerto, ¡Viva el Jefe Máximo!

PABLO YANKELEVICH  
*El Colegio de México*

## Resumen

En este texto se reflexiona sobre el significado del libro de Tzvi Medin *El minimato presidencial: historia política del Maximato. 1928-1935* en la historiografía mexicanista. Publicado hace cuatro décadas, esta obra definió y explicó los mecanismos que hicieron posible transitar de un régimen centrado en la figura del caudillo hacia otro presidencialista en el que el titular del Poder Ejecutivo concentró un buen número de facultades constitucionales por solo un periodo de gobierno, en atención a una de las banderas de la Revolución de 1910: prohibir la reelección. El camino de un régimen a otro estuvo marcado por el asesinato de Álvaro Obregón, el gran caudillo revolucionario, acontecimiento que habilitó una experiencia inédita en la que Plutarco Elías Calles, en su calidad de Jefe Máximo, condujo los destinos de México sin ocupar formalmente la presidencia del país.

**Palabras clave:** México; Plutarco Elías Calles; Lázaro Cárdenas; Revolución Mexicana; Tzvi Medin

## Abstract

This text reflects on the significance in Mexicanist historiography of one of Tzvi Medin's books. Published four decades ago, *El minimato presidencial: historia política del Maximato. 1928-1935* (The Presidential Minimato: Political History of the Maximato. 1928-1935), defined and explained the mechanisms that made it possible to go from a regime centered on the figure of the "caudillo" to a presidentialist one in which the head of the Executive Power concentrated a good number of constitutional powers for a single term of government, in response to one of the banners of the 1910 Revolution: to prohibit re-election. The path that led from one regime

to another was marked by the assassination of Álvaro Obregón, the great political and military leader of the revolution, a fact that made possible an unprecedented experience in which Plutarco Elías Calles, in his capacity as “Jefe Máximo”, guided the destinies of Mexico without formally occupying the presidency of the country.

**Keywords:** Mexico; Plutarco Elías Calles; Lázaro Cárdenas; Mexican Revolution; Tzvi Medin

En 1982, una década después de la publicación de *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, Tzvi Medin publicó *El minimato presidencial: historia política del Maximato. 1928-1935*. Los tópicos centrales de este libro están presentes en el anterior, de manera que ambas obras pueden leerse como respuestas a una misma preocupación. Los antecedentes del arribo a la presidencia de Lázaro Cárdenas son analizados en los capítulos iniciales del primer libro, y esos antecedentes constituyen la sustancia del segundo.

La preocupación medular que animó la investigación de Tzvi Medin fue definir y explicar los mecanismos que hicieron posible institucionalizar la figura presidencial hasta convertirla en árbitro supremo y autoridad máxima del sistema político surgido de la Revolución de 1910. Esta preocupación no era menor, puesto que la Revolución que encabezó Francisco I. Madero, enarbolando el reclamo democratizador condensado en el lema “sufragio efectivo y no reelección”, hacia 1913 ensanchó sus demandas para incorporar reivindicaciones campesinas y obreras a la postre consagradas como derechos en la Constitución de 1917. Esa Revolución que estalló exigiendo el fin de una larga dictadura y que cerró su etapa armada con el reconocimiento constitucional de un buen número de derechos sociales, requería de instrumentos políticos que llenaran el vacío dejado por la destitución de Porfirio Díaz, el caudillo-presidente que gobernó México a largo de treinta años.

¿Cómo construir un nuevo orden donde los señores de la guerra de una revolución triunfante subordinaran su poder y ambiciones al principio constitucional de la no reelección presidencial? En materia de gestión política, los procesos de sucesión presidencial fueron el talón de Aquiles en la inmediata posrevolución. Desde 1920, con el asesinato de Venustiano Carranza, hasta 1928 cuando el asesinato de Álvaro Obregón, cada coyuntura sucesoria estuvo marcada por asonadas y revueltas militares comandadas por caudillos convencidos de portar los méritos suficientes para asumir la presidencia de la República. “El mecanismo político salvador,” en palabras de Tzvi Medin se construyó en el sexenio cardenista (1934-1940), y los antecedentes de ese mecanismo fueron localizados en los años que median entre la muerte de Álvaro Obregón y la defenestración de Plutarco Elías Calles (1935), factótum del llamado Maximato, periodo en que

los destinos de México estuvieron bajo su tutela en tanto portador del amplio pero informal nombramiento de Jefe Máximo de la Revolución.

Con *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, Tzvi Medin abrió brecha en una historiografía que había comenzado una honda renovación desde mediados de los sesenta. Hacia 1978, David Bailey, en una exhaustiva revisión de las novedades metodológicas y temáticas en los estudios sobre la Revolución mexicana, calificó aquel libro como “el estudio sobre el cardenismo más completo y equilibrado escrito hasta el presente”.<sup>1</sup> Y en efecto, este libro, de manera pionera, aportó insumos para repensar al sexenio cardenista como la expresión máxima de la transformación política, económica y social que posibilitó la Revolución 1910; período además, de gestación de una nueva institucionalidad política que marcaría el resto del siglo XX mexicano.

Tzvi Medin abrió brecha porque, cuando se sumergió en el estudio del cardenismo, eran escasas las investigaciones sobre la entonces reciente historia mexicana. Solo pudo dialogar con la producción generada por participantes o testigos directos del gobierno cardenista,<sup>2</sup> con los relatos más o menos agudos de observadores extranjeros,<sup>3</sup> y con una aún delgada historiografía sobre ciertos aspectos de aquella administración.<sup>4</sup> Tampoco abundaban las aproximaciones realizadas desde la sociología política y la economía, y de ellas extrajo insumos para explicar lógicas de un sistema político autoritario y de un proyecto de desarrollo económico con fuerte incidencia del sector estatal.<sup>5</sup> Lo cierto es que, en tanto reconstrucción histórica, *Ideología y praxis* antecedió a obras publicadas pocos años más tarde y que hoy, junto a este libro, son valoradas como de referencia historiográfica.<sup>6</sup>

Hacia 1982, cuando se publicó *El minimato presidencial*, aquel desierto historiográfico mostraba transformaciones sustantivas. El conocimiento histórico sobre la revolución se ensanchó en muchas direcciones y perspectivas. La historia económica, social y política en escalas nacionales y regionales tuvo un expansivo crecimiento,<sup>7</sup> al punto que sobre el Maximato ya se contaba con las aportaciones de Lorenzo Meyer, Rafael Segovia, Alejandra Lajous, Arnaldo Córdoba, Romana Falcón y Barry Carr, entre otros.<sup>8</sup> Tzvi Medin estuvo mejor acompañado y su nuevo libro recogió aquellos aportes en torno a la naturaleza y características del enfrentamiento entre facciones políticas y militares que desató el asesinato de Obregón, sobre las peculiaridades de las organizaciones y liderazgos obreros y campesinos en un entorno de crisis económica mundial, así como sobre el entramado político que permitió echar a andar el Partido Nacional Revolucionario (PNR); antecedente del otrora poderoso Partido Revolucionario Institucional (PRI) de cuyas filas salieron todos los presidentes mexicanos a lo largo de casi 70 años. Medin recuperó estos estudios, aunque los soportes de su indagación se asientan en fuentes documentales extraídas de archivos históricos

y de publicaciones oficiales, de una extensa hemerografía, junto a testimonios y materiales autobiográficos y a la recuperación de memorias de protagonistas a través de entrevistas que realizó a figuras con una actuación protagónica en los años del Maximato (1928–1935).

El asesinato del máximo caudillo, Álvaro Obregón, el militar victorioso tras casi una década de lucha armada, marca un punto de quiebre en la edificación de un nuevo orden. Obregón, después de gobernar un cuatrienio (1920-1924), fue sucedido por Plutarco Elías Calles (1924-1928), y alentó una reforma constitucional que le permitió ser reelecto por un nuevo periodo. Sin embargo, poco después de la contienda electoral, ya como presidente electo, fue ultimado por un fanático católico, León Toral, en venganza por las políticas anticlericales inauguradas durante su presidencia y que, radicalizadas por Calles, condujeron a la llamada Guerra Cristera todavía en curso cuando se produjo el magnicidio.

La desaparición del caudillo cimbró el orden político y escindió a una parte de la elite revolucionaria, sobre todo a la facción obregonista, que intentó responsabilizar a Calles del asesinato y sobre todo a Luis N. Morones, el poderoso dirigente obrero, cuya organización, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), fue pieza central en las apoyaturas políticas del gobierno callista.

Tzvi Medin abre su estudio con esta coyuntura de la historia mexicana, para desde allí avanzar en el proceso de construcción de la jefatura política de Calles a lo largo de tres periodos presidenciales: el interinato de Emilio Portes Gil (1928-1929), la presidencia trunca de Pascual Ortiz Rubio (1929-1932) y el nuevo interinato de Abelardo Rodríguez (1932-1934) que habilitó la candidatura y triunfo electoral de Lázaro Cárdenas en 1934, hasta que, un año más tarde, el nuevo presidente se deshizo de la influencia del Jefe Máximo.

La muerte de Obregón canceló cualquier nueva intención de violentar el principio de la no reelección, de modo que el desafío fue armonizar un poder derivado de la figura de un caudillo con una disposición constitucional que impedía su permanencia en la titularidad del Poder Ejecutivo más allá de un periodo presidencial. Caudillismo político y no reelección eran principios antitéticos que intentaron ser conciliados a través de un andamiaje político que articuló redes formales e informales de relación y reciprocidad política, junto a la fundación y control de un partido, el PNR, orientado a dirimir diferencias políticas y ambiciones personales entre la llamada “familia revolucionaria”.

En este libro, Tzvi Medin reconstruye el esfuerzo por estabilizar el régimen revolucionario y las estrategias que condujeron a la emergencia de la figura del Jefe Máximo. El hombre que movía los hilos del poder, la figura imprescindible en el arbitrio de disputas y en la definición y custodia de las políticas gubernamentales. Con este objetivo, en poco más de centenar y medio de páginas, explora tres dimensiones: las luchas personalistas y de facciones; la expresión

institucional de esos enfrentamientos y el universo de las ideas y proyectos políticos. Se trata de una obra inserta en una nueva historia política que, con cierta deriva sociológica, explora lógicas de un quehacer político constreñido y practicado por una elite nacional. Medin no se detiene en las fuentes de la legitimidad política, en las formas de construcción de los liderazgos caudillistas, ni en las estrategias de subordinación y organización corporativa de obreros y campesinos. Medin, con apoyo en las evidencias de las entonces recientes investigaciones, da por sentado estas cuestiones y procede a indagar razones y conductas de personajes que comenzaron a gravitar alrededor de la figura de Calles, quien, a punto de concluir su periodo presidencial se convertirá en el centro de un experimento político que desbrozó el camino hacia la futura institucionalización de Revolución Mexicana.

*El minimato presidencial* comienza con un análisis de las facciones, en particular la obregonista, peligrosamente indisputada contra Calles a raíz del asesinato de su líder. Medin se detiene en la estrategia del presidente Calles para desactivar esa oposición, en particular la entrega al obregonismo de puestos claves en los ámbitos de la policía y la justicia vinculados a la investigación y juzgamiento del crimen. Por otro lado, se indaga en la puesta en marcha de las primeras acciones para desactivar, hasta el límite de lo posible, partes sustanciales de la maquinaria sindical controlada por Luis Morones. Por último, se explica el afianzamiento de las alianzas entre Calles y los jefes militares para prevenir sublevaciones en marcha, y sobre todo buscar un candidato de filiación obregonista (Emilio Portes Gil) para ocupar la presidencia provisional del país y proceder a la organización de un proceso electoral que permitiera elegir al nuevo presidente constitucional.

Con la mirada puesta en esas elecciones, Calles, en un memorable discurso, señaló la imperiosa necesidad de que México dejara de ser el país de un solo hombre para transitar hacia un sistema de instituciones y leyes. La herramienta que facilitaría este tránsito sería la fundación de un partido, cuyo comité organizador pasó a estar presidido por el propio Calles. De las filas del PNR debería salir el candidato a las elecciones presidenciales de 1929 que pondrían a prueba la efectividad de toda esta estrategia.

Este fue el puntapié inicial del Maximato, su instalación definitiva obedeció al entramado de intereses que confluyeron en el PNR, organismo creado desde y financiado por el Estado, y que lejos de representar una asociación de voluntades libres e independientes, en realidad fue una heterodoxa federación de grupos, partidos y caudillos regionales, de liderazgos con representación legislativa en el Congreso; y de jefes militares, políticos y sindicales. Medin explica el surgimiento del PNR como resultado de una búsqueda por encontrar un *modus vivendi* que permitiera a la joven elite revolucionaria—aquella que

había alcanzado nuevas posiciones de poder económico, político y social—estabilizar la situación política, controlar cualquier radicalización que amenazara su sobrevivencia, y sobre todo evitar nuevas guerras civiles.

El PNR, a juicio de Medin, fue el dispositivo que permitió a Calles imponer presidentes y hacer valer su autoridad. El PNR, además, garantizaba el control del Congreso y, con el tiempo, de las gubernaturas estatales. Sin embargo, Medin advierte que, contrariamente a lo que afirmaban otros estudios, era necesario matizar la idea de que el PNR marcaba el inicio de la institucionalización del orden político, puesto que lo que consagró en realidad fue la anulación de la autoridad presidencial. El PNR, según Medin, garantizaba el principio de la no reelección vaciando de poder a la presidencia para depositarlo en el “Jefe Máximo”. En efecto, este matiz no es menor, sobre todo si se lo compara con los dos partidos que sucedieron al PNR: el Partido de la Revolución Mexicana (PRM, 1938) y el Partido de la Revolución Institucional (PRI, 1946), ambos bajo total control de una institución presidencial que, a partir de 1936, recuperó la plenitud de los poderes formales conferidos por la Constitución e informales derivados de un orden político con delgados soportes democráticos.

Medin sigue con precisión las disputas palaciegas entre la facción obregonista, reconstruye los acuerdos tácticos que Calles alcanzó con figuras políticas, algunas de ellas a la postre convertidas en leales callistas y otras que solo fueron aliadas coyunturales y que permitieron debilitar posiciones de grupos más refractarios a la negociación. La habilidad del Jefe Máximo es exhibida en la conducción de una compleja operación de reconfiguración de alianzas en el interior de la elite, y también en la propia definición de prioridades en el gobierno provisional de Portes Gil. Una de ellas, de vital importancia, fue el acuerdo con la jerarquía católica que puso fin a la Guerra Cristera que había estallado en 1926 y que un trienio más tarde, representaba un serio obstáculo para las elecciones presidenciales de 1929. Desactivar la insurgencia católica abría cauces para la pacificación del centro del país y además permitía disponer de fuerzas militares para el combate contra nuevos alzamientos de generales descontentos con la política callista. Y en efecto, esto aconteció cuando la rebelión encabezada por el general José Gonzalo Escobar intentó desmoronar el andamiaje político que hizo posible la postulación de Pascual Ortiz Rubio como candidato presidencial del PNR. Esta sublevación, de importantes dimensiones militares y geográficas, fue sometida por un ejército que permaneció leal a la jefatura callista, y de hecho fue la última insurrección que puso en jaque un proceso sucesorio en el México posrevolucionario.

Las elecciones de noviembre de 1929 fueron las primeras en que se hizo presente una arrolladora maquinaria estatal puesta al servicio de un candidato oficial. Una maquinaria que en muy poco tiempo alcanzó una amplia represen-

tación territorial gracias a apoyos de gobiernos estatales y municipales. Así, mientras el ejército mostraba su capacidad para neutralizar sublevaciones, el PNR devino en una herramienta eficaz para imponerse en la arena electoral. Pascual Ortiz Rubio triunfó con casi dos millones de votos frente a candidatos opositores que consiguieron una votación marginal, José Vasconcelos obtuvo poco más de cien mil votos y Pedro Rodríguez Triana casi veinte mil. Se asistía al amanecer de un nuevo orden que, entre otros asuntos, mostraba los efectos de una acelerada centralización. La ciudad capital, asiento de todos los poderes federales, lograba imponerse sobre ámbitos regionales y locales.

Tzvi Medin argumentó que el Maximato, en tanto mecanismo político, se fundaba en los estrechos vínculos entre Calles y el PNR, por un lado, y en la relación entre Calles y el presidente, por otro lado. Los dirigentes del PNR eran resultado de una imposición callista y, a través del partido, el Jefe Máximo dominaba las cámaras legislativas. A su vez, Calles sostenía una relación personal con el presidente de la nación, ejerciendo un fuerte control sobre su figura a través del gabinete, cuya composición y nombramientos eran definidas por el propio Calles. Este mecanismo funcionó solo por un corto tiempo. Las pugnas al interior de la elite, sobre todo las diferencias políticas, antes que ideológicas entre Portes Gil y Calles signaron la suerte del primero, que a tres años de su elección fue forzado a renunciar. Nuevas inconformidades en el ejército anunciaban la posibilidad de una sublevación y, ante ello, Calles salió de las sombras para asumir la titularidad de la Secretaría de Guerra y Marina. La presencia del Jefe Máximo en el gabinete dejó a Portes Gil con muy escaso margen de acción, y a pesar de ello, intentó conformar un frente anticallista tratando de sumar a militares descontentos.

El fracaso de esta iniciativa obligó a Portes Gil a renunciar. Medin valora esta renuncia como el triunfo del Jefe Máximo y al mismo tiempo como la derrota del Maximato. La impronta caudillista de Calles mostró sus límites y la crisis política de 1931 visibilizó su ascendencia y liderazgo que se habían mantenido en las sombras. Esta es la tesis central del libro, es decir, tratar de deslindar el Maximato de la figura de Jefe Máximo como si la actuación de Calles pudiera desdoblarse, por un lado, en una conducta modernizante, interesada en encontrar cauces institucionalizadores para un México que había salido de un prolongada guerra y, por otro, en una figura que encarnaba todos los atributos de un líder tradicional, reacio a sujetarse a un marco normativo que aspiraba a domesticar un poder derivado de la experiencia y ascendencia político-militar del caudillo.

En 1984, el ya entonces veterano historiador John W. F. Dulles, autor de una crónica exhaustiva de este periodo de la historia mexicana,<sup>9</sup> publicó una reseña en la que valoró *El minimato presidencial* como una obra “amena y en términos generales muy convincente acerca de las intrigas dentro de la oligarquía polí-

tica mexicana entre 1928-1935". Sin embargo, formuló una crítica en torno al "hallazgo" que orilló a Medin a sostener que el triunfo del Jefe Máximo había devenido en fracaso del Maximato. Por "hallazgo", Dulles refería a la detallada reconstrucción de las diferencias entre Calles y el Portes Gil que obligaron a este último a abandonar la presidencia. Esta crisis, según Medin, habría deshecho el mecanismo que permitía manipular al presidente a través del PNR, del Congreso y el gabinete, cuando en opinión de Dulles, lo importante no era el mecanismo, en realidad, un mero recurso de técnica política, sino la habilidad y capacidades de Calles para salir triunfante de esa crisis reteniendo todos los instrumentos para el control de la situación política.<sup>10</sup>

A juicio de Medin, *El minimato presidencial*, en manifiesta referencia al trienio de Portes Gil, marcó la frontera entre lo deseable y lo posible del proyecto callista. Pretender institucionalizar un sistema político sin sacrificar el poder personal del caudillo pareciera una empresa no necesariamente condenada al fracaso. El problema, como observó Dulles, radicaba en que justamente el Maximato fue un experimento en el que Calles gobernó a través de tres presidentes que impuso en su calidad de Jefe Máximo. La resolución de las diferencias entre el presidente Portes Gil y Calles en realidad mostraron la fortaleza del Jefe Máximo y la vigencia de un diseño político informal, el Maximato, que perduró hasta 1935.

Ahora bien, es justo reconocer que, ante aproximaciones simplificadoras que retratan al Maximato como una sucesión de presidentes marionetas, el libro de Medin tuvo el acierto de exhibir las diferencias en el interior de la elite gobernante, y sobre todo la decisión del presidente Portes Gil que, a la mitad de su gobierno, dejó de estar dispuesto a seguir obedeciendo ciegamente a Calles. Y esas diferencias se expresaban en buena cantidad de asuntos que afectaban a un país bajo los efectos de la crisis internacional de 1930 y que se manifestaban en un amplio disenso en torno a las políticas para enfrentar reclamos sociales legitimados en una Revolución y consagrados en una Constitución.

El Jefe Máximo, a través del PNR, así como en 1929 impuso la candidatura de Portes Gil, hizo lo mismo con la de Lázaro Cárdenas en 1933, solo que, en este caso, la resolución del enfrentamiento con el gran elector tuvo un final muy distinto. Cárdenas fue un leal callista, construyó buena parte de su carrera política a la sombra del Jefe Máximo, nada había en su pasado que pudiera poner en tela de juicio esa lealtad, justamente por ello fue escogido para reemplazar a Abelardo Rodríguez en la presidencia de México. Cárdenas comprendió a cabalidad las reglas del juego del Maximato y supo interpretar el papel de incondicional a Calles. Pero, al mismo tiempo que alcanzaba la primera magistratura comenzó la construcción de un andamiaje político e institucional que dio cauce a una amplia y nueva "política de masas", como la llamó Arnaldo Córdoba, capaz



de dotar a su gobierno de sólidos apoyos populares que permitieron enfrentar la política cupular del callismo. Cárdenas enajenó al Jefe Máximo de soportes políticos y militares, y dotó de un nuevo contenido a las formas de hacer política y de gobernar en México.

En los capítulos finales de *El minimato presidencial*, Tzvi Medin recupera las conclusiones de su libro anterior. Muestra que hubo una seria confrontación ideológica detrás del rompimiento con Calles en 1935 que condujo a una impresionante purga de figuras callistas en el gobierno nacional, en el Congreso, en los gobiernos estatales y en todas las jefaturas militares, y que concluyó con la expulsión del país del Jefe Máximo en 1936. Esa confrontación no fue de personas sino de proyectos políticos. Frente a una nueva oligarquía que había detenido un programa de transformación económica y social atento a demandas campesinas y obreras, el cardenismo promovió esas demandas y radicalizó aquel programa. El reparto de tierras, las políticas favorables a mejorar los ingresos y condiciones de vida de trabajadores del campo y la ciudad, los proyectos educativos y aquellos dirigidos a la atención de necesidades de comunidades indígenas, acompañadas de iniciativas de promoción a la organización política y gremial de sectores populares, permitió tejer un complejo entramado institucional dispuesto a movilizarse para expresar sus apoyos al presidente. Ese entramado orientó el reemplazo del PNR por el PRM, un nuevo partido estructurado a partir una representación sectorial de obreros, campesinos, sectores populares y militares, que otorgó al presidente de la república un poder amplio, vigorosamente enraizado en la estructura social y política del país. Ese partido devino en un auténtico organismo estatal que en manos del titular del Ejecutivo terminó por allanar el camino a un sistema presidencialista, fórmula que reemplazó al Maximato. Cárdenas, al momento de gestionar su sucesión presidencial dejó claro que no pretendía sustituir el Maximato callista por otro cardenista, sino que apostó por conferir a la figura presidencial la totalidad del poder. Desde entonces, y hasta las elecciones del año 2000, el poder en México emanó del cargo y no de los atributos personales del presidente en turno, en palabras de Medin: “Cárdenas elimina al caudillo, pero conserva el caudillismo como patrimonio del presidente en turno”.<sup>11</sup> El poder del presidente se extendía hasta el límite de participar activamente en la elección de su sucesor, a costa de, una vez concluido su periodo, desaparecer del escenario político.

Si la etapa armada de la Revolución cambió el orden político en México, en las primeras décadas de la posrevolución se intentó ordenar ese cambio. En este sentido, entre los primeros estudios sobre la genealogía del sistema político mexicano, sin duda, destacaron los aportes de Tzvi Medin. En ellos se encuentran algunas de las claves para entender el complejo proceso de institucionalización

del cambio y de edificación de un régimen presidencial que encontró su fuente de legitimidad en la ya centenaria Revolución Mexicana.

## Notas

1. David C. Bailey, "Revisionism and the Recent Historiography of the Mexican Revolution", *The Hispanic American Historical Review*, 58:1 (1978), p. 76.
2. Isidro Fabela, *Cartas al presidente Cárdenas* (México: s.e. 1947); Luis Cabrera, *Veinte años después: el balance de la Revolución. La campaña presidencial de 1934* (México: Ed. Botas, 1938); Jesús Silva Herzog, *Historia de la expropiación de las empresas petroleras* (México: FCE, 1959) y Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana* (México: Ed. Botas, 1954), entre otros.
3. Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread* (New York: Alfred A. Knopf, 1950) y William Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano* (México: Ed. Gandesa, 1959), entre otros.
4. Moises González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana* (México: Ed. Costa Amic, 1968); Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)* (México: El Colegio de México, 1968) y Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México* (México: El Colegio de México, 1970), entre otros.
5. Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México: Ed. Era, 1965); Raymon Vernon, *The Dilema of Mexico's Development: The Roles of the Private and Public Sectors* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1965); Miguel Wionczek, *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera* (México, Ed. Siglo XXI, 1967), entre otros.
6. Arnaldo Córdoba, *La política de masas del cardenismo* (México: Ed. Era, 1976); Alicia Hernández Chávez, *La mecánica cardenista*, Historia de la Revolución Mexicana, v. 16 (México: El Colegio de México, 1979); Luis González y González, *Los días del presidente Cárdenas*, Historia de la Revolución Mexicana, v. 15 (México: El Colegio de México, 1981) y Nora Hamilton; *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico* (Princeton: Princeton University Press, 1982).
7. Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la revolución mexicana", *Secuencia*, núm. 13 (México: Instituto Mora, 1989), pp. 23-42 y "Cardenismo: Juggernaut or Jalopy?", *Journal of Latin American Studies*, núm. 1 (1994), pp. 73-107.
8. Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Los inicios de la institucionalización. La política del Maximato*, Historia de la Revolución Mexicana, vol. 12 (México: El Colegio de México, 1978); Lorenzo Meyer, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato*, Historia de la Revolución Mexicana, vol. 13 (México: El Colegio de México, 1978); Arnaldo Córdoba, *En una época de crisis (1928-1934)*, La clase obrera en la historia de México (México: Ed. Siglo XXI-UNAM, 1980); Romana Falcón, *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)* (México: El Colegio de México, 1977); Alejandra Lajous, *Los orígenes del partido único en México* (México: UNAM, 1979) y Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929* (México: Ed. Era, 1981).
9. John W. F. Dulles, *Yesterday in México. A Chronicle of the Revolution, 1919-1936* (Austin: University of Texas Press, 1961).

10. John W. F. Dulles, "El minimato presidencial: Historia política del maximato (1928-1935) by Tzvi Medin", *The Hispanic American Historical Review*, 64:2 (1984), pp. 385-386
11. Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del Maximato, 1928-1935* (México: Ed. Era, 1982), p. 164.